

# 1ª Conferencia "Visión de la Orden para el Siglo XXI"

## Dom Gerard de Genesee

El tema de esta presentación es "Una visión de la Orden para el siglo XXI". Me temo que no tengo una mente visionaria o estratégica. Lo que trataré de intentar es exponer los aspectos fundamentales con los que nosotros, como cistercienses, estamos de acuerdo.

El fundamento básico es la transformación del cosmos, que comenzó con la muerte y resurrección de Cristo. Esta transformación que está sucediendo ahora da una urgencia escatológica a todo. La *conversatio* cisterciense es una respuesta total a esta urgencia. La peculiar forma de nuestra vida cisterciense nunca tendría sentido sin esta urgencia escatológica. Louis Bouyer dijo sobre el monacato: «la vida monástica por sí sola proporciona a la vida de la fe, a la vida en la fe, el más completo desarrollo del que es capaz aquí abajo». Cuando nos fijamos en la *conversatio* cisterciense percibimos una forma de vida que surge de lo que Bouyer llama "una fe totalizadora" en esta transformación cósmica que forja el Espíritu de Jesús.

Otro fundamento es que a lo que es más verdadero y más real se accede por la fe y no por la vista, y lo que es más cierto, nos dice el Papa Emérito Benedicto, es que el verdadero centro de la historia es Cristo y Su Iglesia; Iglesia entendida no como una abstracción sociológica, si no como Iglesia fusión de la criatura con su Señor en un amor conyugal. Este aspecto del amor conyugal dicta que la Iglesia, en su realidad más profunda es personal porque Dios no puede entrar en el amor conyugal con abstracciones sociológicas o colectivas. La vida que Cristo vino a traernos desde arriba debe por lo tanto en primer lugar ser recibida por una persona concreta. En cuyo caso, el ejemplo de la fusión de la criatura con su Señor en amor conyugal se concretiza en María. Ella es la primera Iglesia. Y como Su *Fiat* está de acuerdo con la misma Palabra de Dios, María sólo puede ser pura receptividad. Ella sólo puede entregarse y ser "entregada". Después de todo, ¿qué otro propósito tiene la Iglesia si no hacer una morada para Dios en el mundo?

A la luz de estos hechos teológicos, la Iglesia siempre será mariana en su forma. Siempre femenina y fundamentalmente receptiva en contraste con lo que podría caracterizarse como el modelo masculino activista que nos cautiva en estos tiempos con su productividad, su poder y sus resultados. Pero *Ecclesia*, en su forma mariana, está ante todo creando un espacio donde Dios puede revelarse a Sí mismo como Dios. Esto es por lo que nosotros, los cistercienses, nos debemos ver en el corazón de la Iglesia porque nuestra forma de vida es marcadamente mariana. Me gustaría enfocar en esto la forma mariana de hacer un espacio para Dios, como clave para una mejor apreciación de la forma de la *conversatio* cisterciense.

En una de sus conferencias a los Benedictinos, el antiguo Maestro General de los dominicos, Fr. Timothy Radcliffe, señaló que cuando los israelitas salieron del desierto, Dios iba con ellos sentado entre las alas de un querubín. El trono de la gloria era un espacio y un vacío y una "nada", lo que significa que la gloria de Dios sólo puede mostrarse en un espacio vacío. Si la vida cisterciense es predominantemente mariana en su forma, podemos estar seguros de que todos los elementos de nuestra vida conspirarán para crearse espacio en el corazón del monasterio y en cada corazón, donde Dios y su Cristo puedan ser revelados como el verdadero centro. Nosotros, pobres desterrados hijos de Eva, experimentaremos la opresión de este espacio como el vacío, como el tedio, pero esto no es un error que debamos apresurarnos a rectificar, ni un problema del que debamos huir. Es el anverso de crear un espacio para Dios.

La Cst. 3 habla de nuestra vida ordinaria, oscura y laboriosa. En contraste con las congregaciones con misiones específicas, nosotros parecemos no tener ninguna. No hay una especialización explícita que justifique nuestro lugar en el mundo de las buenas obras en contraste con la misión de los jesuitas o de los dominicos. El vacío, el espacio en este caso, es vivir sin ningún propósito explícito en el mundo. Y este espacio revela a Dios como el propósito oculto y secreto de nuestras vidas. Si tuviéramos una misión específica, la revelación de Dios en nuestra forma de vida sería de alguna manera ambigua. La falta de una misión específica evidencia claramente que sólo Dios puede ser el secreto propósito de una vida que es ordinaria, oscura y laboriosa. Me gustaría citar a von Balthasar. Él dice: "Hay grandes

misiones que se dan por el bien de la actividad exterior de la Iglesia. Sin embargo, Dios también puede encargar grandes misiones solo por el bien de la propia entrega, con o sin extraordinarias gracias de oración. Estas últimas misiones, aunque no reconocidas ni canonizadas, pueden tener un impacto igualmente grande, aunque oculto y anónimo, en la Iglesia y en el mundo ».

Si hay un área donde se descubre el espacio es en la Obra de Dios, que es el núcleo del día Cisterciense. Es probablemente el área de nuestra vida que tiene la menor utilidad a los ojos del mundo. Sin embargo San Benito pone este fundamento de gran inutilidad en el centro mismo de nuestras vidas. Nada ha de anteponerse a la Obra de Dios. Es esta misma inutilidad de la Obra de Dios la que revela que Dios no es un objeto en el mundo. Pero esta inutilidad también se convierte en la mayor utilidad cuando buscamos la analogía mariana; entonces el espacio "inútil" de la Obra de Dios es la misma apertura por donde el Misterio de Cristo puede entrar en el mundo. Esto es parte de una conferencia de Dom Mauro Giuseppe sobre la Regla de San Benito, referida al Capítulo 7. No estoy seguro de haber entendido claramente lo que él quería decir, pero lo que deduje me impresionó y eso es lo que deseo compartir. El capítulo 7 sobre la humildad es el eje central de la Regla. En el vértice de las etapas de la humildad tenemos a San Benito diciendo: "El duodécimo paso de la humildad es que un monje siempre manifieste humildad, tanto en su comportamiento como en su corazón, para que ésta sea evidente en la Obra de Dios, ya sea en el oratorio o en el monasterio, en el jardín o en un viaje, en el campo o en cualquier otro lugar donde sea, como sea y cuando sea; por tanto, me gustaría pensar con sentido cósmico en esta extensión.

Lo que cabe señalar es la cuidadosa y bien pensada disposición de los lugares donde el monje muestra su humildad. En el corazón de todo esto está la Obra de Dios. Ahora lo interesante es resaltar que San Benito no colapsó ni la Obra de Dios ni el oratorio. Él hace la distinción deliberadamente: primero la Obra de Dios y luego el oratorio. La Obra de Dios no es un lugar. Es el vacío, el trabajo «inútil» a partir del cual empieza toda la radiación y parten los círculos concéntricos de radiación que se ensanchan y extienden más allá del monasterio: primero en la Obra de Dios, después en el oratorio, luego en el jardín, en un viaje fuera o en el campo y finalmente en cualquier otro lugar. La gloria de Dios en el vacío del Oficio Divino es esa vibración intangible, es ese caro perfume que revela la presencia de Dios a aquellos que acuden a nuestros monasterios.

La forma de vida cisterciense también hace un hueco en el corazón de la comunidad y en cada corazón humano. Este vaciamiento fluye desde la centralidad de la Eucaristía en nuestros monasterios porque no nos reunimos para la Eucaristía, sino que la Eucaristía nos reúne. El vaciamiento, la eliminación de barreras y defensas que nos mantienen separados en la comunidad es como también nos convertimos en Eucaristía. En esta luz podemos entender por qué el Capítulo 7 sobre la Humildad es el corazón mismo de la Regla. Siguiendo la idea del padre Radcliffe, la humildad es un descentramiento radical del yo. Para San Benito la humildad no es un terco proyecto de progreso. Está íntimamente relacionado con la construcción de la comunidad. Me vuelvo, tú te vuelves humilde construyendo nuestra comunidad, porque construir comunidad significa vaciarme de egoísmo. La comunidad que San Benito está concibiendo es aquella en la que no hay egocentrismo. Donde vivimos para otro. Donde vivimos vidas de mutua ayuda y apoyo, de mutua obediencia y respeto hacia los demás. Donde respondemos a la atracción de la gracia más que a los apetitos no superados. Aquí nadie está en el centro. Y el centro es el espacio donde la gloria de Dios puede ser revelada. La comunidad entonces, ya no es una mera ayuda para facilitar a las personas su búsqueda de la auto-perfección. La comunidad es *Ecclesia*, el espacio donde cada miembro de la comunidad encuentra el misterio de Cristo refractado en y a través del otro.

Silencio y soledad, vigiliias, y mantener el ambiente serio del recinto alivian el desierto interior. Este desierto tan crucial es el espacio donde los disfraces del pecado y en especial la rebelión del orgullo son desenmascarados. Las dolorosas pruebas interiores que nacen de esta confrontación causan ese radical descentramiento del yo. Hoy todo conspira para huir del vacío: curiosidad, ruido, distracciones y ocupaciones. *Acedia*, esa tranquila desesperanza, se ha convertido en una condición del mundo. El Papa Francisco nos ha pedido que vayamos a las periferias. Debemos responder a esta llamada desde las características de nuestra *conversatio*. Nuestro estilo de vida limitado y moldeado por la soledad nos lleva rápidamente a las periferias donde las fuerzas subpersonales deben ser confrontadas con la armadura de la fe y la esperanza. Porque nuestra lucha no es con la carne ni con la sangre, sino con los poderosos, con los gobernantes del mundo en este tenebroso presente, con los espíritus malignos en los cielos. Este combate espiritual no es sólo para nosotros sino para la vida del mundo. Ir a las

periferias significa también moverse, en la medida de lo posible, hacia el mundo marginal, hacia los que nos resultan difíciles de amar, hacia los que ponen a prueba nuestra paciencia, hacia los hermanos enfermos y dependientes que no son productivos. Ir a las periferias significa ofrecer hospitalidad a los que acuden a nosotros buscando sanación y esperanza. Vivir en las periferias del interior también significa que somos centinelas que vigilan la irrupción de la luz de la resurrección en la oscuridad de nuestro mundo y compartimos esto de una manera misteriosa en todo el Cuerpo de Cristo. San Basilio, en su carta a San Gregorio Nacianceno, habla de esa purificación que se experimenta en la soledad, para que el corazón pueda recibir todo impacto de la doctrina divina. En el silencio y la soledad es donde nace la sabiduría, como dice nuestra Constitución 3.

Quiero ahora referirme a la *lectio divina*, como ese espacio de revelación de Dios. Como señala la Primera Epístola de Pedro, todos entramos en el monasterio esclavizados por las vanas enseñanzas de nuestros antepasados -capas sobre capas de prejuicios, suposiciones, recuerdos, sensibilidades- que no son transformados por el encuentro con la fe. *Lectio* es purificación por el fuego de la doctrina. Esto también significa una descentralización. Escuchar la Palabra significa que debo desechar mi propia palabra mundana y aceptar y reconocer que la palabra de Dios es el factor decisivo en mi vida. La Palabra debe moldear y juzgar la experiencia, y no al revés. Esto significa vivir por la fe y no por la vista. No es de extrañar que la *lectio* sea una disciplina necesaria. La fascinación por la información, una evasión siempre presente en estos tiempos, debe ser resistida firmemente si queremos que la transformación por la Palabra prenda fuego en nuestras vidas. Mediante esta inmersión en la Palabra y la centralidad de este deseo por la Palabra, el misterio de Cristo crece. De nosotros depende tener nuestros ojos fijos en el Señor.

El trabajo manual y sencillo, ligado como está a la obediencia y a la pobreza, nos penetra. En el mundo, el trabajo es identidad. El trabajo es auto-realización. La adicción al trabajo es una virtud. En nuestra vida, el trabajo, que está sujeto a la obediencia, nos pone al servicio de los demás. Se espera que vivamos del trabajo de nuestras manos y ésta es nuestra expresión de pobreza. Esta "pobreza" nos hace solidarios con aquellos que no pueden vivir de las rentas y ni del capital acumulado. El trabajo monástico nos sumerge en las limitaciones de la comunidad, de su plan de trabajo y del peso de la historia, a veces una historia muy ineficiente y disfuncional. El trabajo y el auto-apoyo son grandes gracias de nuestra vocación. Nos rescatan del desprecio Neoplatónico por el trabajo y nos involucran en la transformación del cosmos por el Espíritu Santo en Cristo. Nuestras industrias nos dan la oportunidad de testimoniar a nuestros empleados esta transformación para que en la esfera de los asuntos prácticos no tengamos una doble personalidad: Católicos en la oración y capitalistas en el trabajo.

Sé que esto no es una enumeración exhaustiva ni es una reformulación original y creativa de la vida cisterciense; solo pretende ser un recordatorio de algunos elementos importantes de nuestra *conversatio*, reunidos bajo la rúbrica de hacer una morada para Dios. Como dije, este espacio puede ser opresivo pero si perseveramos, entonces este espacio se convierte en el ciento por uno porque nos revela a cada uno de nosotros el misterio de Cristo. Este sostenido encuentro con el Señor es el corazón y el secreto escondido de nuestra alegre perseverancia en una vida que es ordinaria, oscura y laboriosa.

